

## INTERVENCIÓN EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO “VASILÍU, HOJAS SUELTAS”, DE ION VIANU (ED. ALETHEIA)

**Instituto Cultural Rumano, Madrid, 24 marzo 2010**

**José Vidal Otero**

Vladimir Vasilíu, director del hospital psiquiátrico de Rastoaca Melcilor, ante la evidencia de la vejez y de la muerte, hace lo que llama una confesión de lo que ha sido su vida, ante alguien que le escucha, el narrador, Dan Naidin, quien en realidad no ha venido a escucharle por este motivo, sino porque se halla inmerso en una investigación personal sobre la identidad de su propio padre. A través de la confesión, así como de las aportaciones del narrador, van surgiendo historias diversas y sorprendentes de personajes diversos y sorprendentes.

Porque esta es una narración de historias particulares, de personajes. Personajes, no sólo en el sentido literario, como caracteres, muy bien definidos por cierto, sino en el sentido más extraliterario y vulgar del término: “personajes”, es decir individualidades que hacen su vida como pueden, mirándose frecuentemente como una especie de héroes de sí mismos, ante un mundo que viven como hostil, y al que en cierta forma desprecian. Los personajes son los protagonistas de lo que conocemos como picaresca, sea esta literaria o no, y pueden ser de cualquier condición social, llegando incluso a conseguir cierto reconocimiento en altas esferas políticas o económicas: estos son los verdaderos pícaros.

Con cierta frecuencia, estos personajes van autodestruyéndose, a menos que consigan rescatar una buena mirada sobre la vida, y sepan aprovechar el apoyo que algo o alguien les brinda en algún momento de su vida, para iniciar otro camino, menos auto heroico, pero también menos dañino, para ellos y para quienes les rodean.

Los personajes que encontramos en esta narración no consiguen remontar mucho el vuelo, y son más bien víctimas de su propia autocontemplación, sin que eso signifique que alguno de ellos no se pregunte por las causas de su mal recorrido vital.

Naturalmente, no todos los protagonistas de esta narración forman parte de esta categoría vital y literaria: también los hay que, intentando hacer una vida propia desde una mirada menos contaminada, lo consiguen con dignidad, y hasta pueden encontrar sorpresas como la libertad, el amor, o bien la tranquilidad de ánimo y la alegría, salvando su particular tesoro interior, su deseo de vida, en unas circunstancias generales grises y tristes.

La narración se sitúa en esas especiales circunstancias, que transcurren entre los años 40 y 90 del siglo pasado, y también en un lugar, el citado psiquiátrico de Rastoaca Melcilor, que es como un resumen de los diversos lugares que aparecen en las historias particulares de cada personaje, pero que también es el resumen, la metáfora, de un lugar más grande, la Rumania de esa época. Un lugar incorporado, tras la Segunda Guerra Mundial, al imperio dependiente del Estado generado con la revolución antiaristocrática y antiseñorial de la Rusia de 1917, férreamente gobernado por la nueva burguesía triunfante.

Entre esa primera categoría de auténticos personajes tenemos al que aparece en un lugar prominente, el mencionado Vasilíu, el director del psiquiátrico, feo, de andares estrambóticos, solitario, procedente de una extraña familia, con una madre incestuosa y un padre desaparecido, y que, ante las adversidades de la vida, sólo opta por identificarse con los que provocan estas adversidades. Pero de una manera particular: porque, pese a esa identificación defensiva, tiene un don que intenta preservar, el don de, al menos, procurar que la razón esté presente en todos sus actos: “Mi as es que tengo conciencia”, dice. Lo que ocurre es que no lo consigue, y habitualmente sólo utiliza la razón para justificarse, para justificar, tanto su adaptación a base de una desmedida ambición, como los fracasos debidos a esa misma ambición. Sin embargo, no deja de sorprender por sus sorprendentes elaboraciones teóricas, en un ambiente, el de esa Rumania estalinista, en el que sus propios camaradas de Partido le reprochan que piense: “¿es usted judío? Es que, como siempre está con eso del materialismo y la dialéctica...”. O bien, cuando consigue demostrar que Stalin es Dios, encontrándose con que ellos le recuerdan que Dios no existe. Fiel a su propio racionalismo, pero también a Stalin, intenta escribir la obra magna de su vida, la “Sistemática de la locura”, basada a partes iguales en sus propias observaciones de los pacientes, y en la aplicación de una muy particular interpretación del materialismo dialéctico y la lucha de clases. No es un ignorante, pero ignora o intenta ignorar lo que no le interesa, e incluso reacciona vehementemente cuando se le llama la atención sobre ello, por ejemplo cuando alguien le hace una observación sobre su propia vida, desde el punto de vista psicoanalítico. Y es que Vasilíu no desconoce el psicoanálisis, y es por eso que en ciertas circunstancias difíciles se plantea que, fiel a su oficio, como dice, “en algún momento tendría que analizar de dónde procedía el defecto fundamental que me arruinó la vida”. Su defecto fundamental, un agujero que se lo traga, y que en realidad no es sino ese agujero de todo ser humano, aquel del cual todos procedemos...

El propio narrador, Dan Naudin, intenta averiguar algo sobre su propio agujero, es decir, el enigma de su padre, de sus orígenes, y es en esa averiguación donde se encuentra con el director del psiquiátrico y con el camino hacia su propio padre. Este hombre tiene menos miedo, busca esa verdad sobre el padre, con los ojos bien abiertos: “Fui capaz de averiguar, mirando sin pestañear y sin quedarme ciego, la verdad cruel y bárbara...”, la verdad de su padre. Pero lo hizo sobre un soporte, una firme creencia que le sostuvo en su investigación, diciéndose a sí mismo: “Si tus padres se amaban de verdad cuando te engendraron, tú no puedes ser un canalla”. Un soporte, el del amor originario como garantía de ética, y como seguridad ante el mundo, que no tiene Vasilíu.

Labán, el paciente héroe, tiene presente lo irrenunciable del amor y de sus consecuencias a través de sus alucinaciones, y eso lo sostiene también con dignidad ante la vida, rayando en una violencia que no puede sino llevar a cabo con tal de salvarse de la indignidad.

En todos estos personajes, la pregunta sobre el padre, sobre la genealogía, está presente, conforma el hilo de sus vidas, y, como toda pregunta sobre el padre, viene a tapar en ellos, con mayor o menor necesidad, con mayor o menor éxito, el agujero originario del que todos parten...del que todos los seres humanos partimos, y que nos acompaña durante toda la vida como una carencia, como una falta inherente a nuestra humana condición. Esa búsqueda de los personajes del libro señala así ese oficio de tapar agujeros que se asocia a la llamada función paterna, con una carga añadida de poder que se atribuye a los hombres, bastante injustamente, todo hay que decirlo, pues en gran

parte es imaginada... (Cierto es que a las mujeres se les atribuye el origen de la falta, y, correlativamente, se las considera desprovistas de todo poder, lo cual también tiene mucho de imaginario; así que la pregunta pertinente sería si no es cierto que todos, hombres y mujeres, partimos de un agujero que llevamos de por vida, y que la así llamada función paterna no tiene porqué ser ajena ni a unos ni a otras).

Las preguntas por la mujer, por el padre, por la genealogía, están presentes en otros personajes. Y también otras preguntas, otros enigmas, el sexo, la muerte... o la muerte que utiliza el sexo mediante el masoquismo, en la persona de Balduino, el aristócrata superviviente y devenido pensionista, que con ello cree realizar la misión redentora que atribuye a su clase social, al tiempo que pretende llevar a cabo una histórica venganza contra los inferiores.

Mina, la curiosa encargada de las autopsias en el psiquiátrico, no se pregunta mucho sobre el sexo, simplemente lo hace, bien en el hospital, con algunos pacientes, y también fuera de este. A todos les cobra, excepto a su verdadero amor mientras lo es, uno de esos pacientes, particularmente agraciado. Situada también entre el sexo y la muerte, no los mezcla, sin embargo, por muy cercanos que los tenga: eso le permite vivir el primero y distanciarse de la segunda, rasgos que la diferencian radicalmente del aristócrata, y que trazan, de paso, un límite muy claro con el masoquismo.

Hay quien intenta responder, tanto a las dificultades del presente como a esos enigmas de la vida, más profundos, con cierta dignidad y sin dejarse avasallar. Ahí tenemos a la pintora amiga de Vasilíu, Lilla, quien siempre le saluda alegre, sin miedo, y que explica su particular manera de conseguirlo: "Apenas veo, pero no estoy hundida en la oscuridad". O también Pauna, la mujer de Vasilíu, a través de un alejamiento necesario. El tío Rudra, intelectual experto en filosofía oriental, también lo intenta, y aconseja a Vasilíu, cuando este le expresa sus dudas ante cómo comportarse en la dura situación política: "No actúes". Esto, como regla de oro. Y se lo explica: no debe resistirse, pues en ese caso podrán con él; no debe identificarse con el poder y sus agentes, no debe fingir, pues lo descubrirán y también podrán con él; tampoco debe ceder, como hace la mayoría, indignamente; sólo debe no actuar, guardar su tesoro, ocultarse. Sin embargo, Vasilíu está en realidad bastante de acuerdo con lo que está pasando, y no le interesa guardar ningún tesoro... y Rudra oculta otros intereses...

Sí, es esta una narración plagada de todas estas historias particulares... y muchas más. Porque el psiquiátrico, en sí mismo, es una historia. Es un hospital raro, como un pequeño y pobre circo de extrarradio, como un escenario de guiñol. Su personal está compuesto por unos pocos personajes: el tantas veces citado director Vasilíu, la sexiautopsista Mina, un portero, una bibliotecaria que hace punto, y el enfermero, a quien los pacientes llaman Matronajefe, brutal y deforme, fiel cumplidor de las órdenes de un director que finge no enterarse, y algún médico que aparece en ocasiones... y hasta alguno que desaparece, víctima de su cobardía con los enfermos.

Los pacientes componen el "otro personal" del hospital, cada uno con su peculiar historia, su peculiar manera de adaptarse, o no; de ocultarse, o de destacar; de formar parte de la picaresca, o de salvar su dignidad; algunos con odio, algunos con amor, algunos con humor, alguno al servicio del poder, alguno con un final trágico y culposamente silenciado... más o menos como los personajes que no están en el hospital, los que acuden a este cada día a hacerse cargo nominalmente de ellos, y los que están fuera, totalmente fuera, aparentemente fuera, en un trasfondo.

Un trasfondo que es Bucarest, Hilariópolis, la ciudad de la risa, que, en la época que nos ocupa, parece una risa un tanto forzada.

Un trasfondo que es esa época y ese régimen político que también parece un tanto forzado, y en el que aparecen también algunos de esos personajes, como el psicópata Ionescu, de la Securitate.

La narración se sitúa sobre ese trasfondo, forma parte de él, hasta que las revueltas de 1989 hacen saltar el régimen, basculándolo hacia la democracia de corte occidental que es ahora Rumania.

La narración y sus personajes, vistos en dicho contexto, componen un cuadro irónico, una especie de metáfora tremenda y más humorística que trágica, pese a las apariencias narrativas, una metáfora sobre ese régimen y sus miserias. Pero también sobre las miserias, los misterios y las preguntas de cualquier humano sobre sí mismo y los otros.